

## La sonrisa de Hans ·capítulo 6·

Buceaba sin esfuerzo hacia el fondo en medio de un mar tranquilo y transparente. Los más variados peces acompañaban su excursión marina: a la derecha había uno amarillo, blanco y negro y delante de Hans un grupo de cuatro peces azules a los que, sin saber por qué, decidió seguir. Le llevaron, entre corales y estrellas de mar, hacia el fondo. Llegaron a una explanada en la que un barco hundido se había convertido en el hogar de miles de peces y plantas. Era un espectáculo. Aquel velero debía haber sido el orgullo de su capitán y del propio mar cuando desplegando su hermosura había navegado por él y ahora su gloria continuaba porque se había convertido en un paraíso multicolor. Cada centímetro del buque estaba poblado por vegetación y corales, por algas que bailaban con las corrientes y en cada hueco la vida asomaba en las formas más bellas y, a veces, en las más peligrosas. En lo que fue la cubierta, cerca del timón, en un hueco junto al camarote del capitán una morena de inquietantes ojos vigilaba a los viajeros y allí, donde comenzaba la escalera que llevaba a la bodega, asomaba sus fauces un pez escorpión. Aún así Hans se detuvo y contempló el conjunto que no dejó de maravillarle. El barco le invitaba a entrar por la abertura que debió causar su naufragio y a pesar de que las ganas de hacerlo eran muchas, el buceador decidió que era mejor continuar anotando mentalmente aquel lugar como un destino para un futuro viaje.

Dejaron pues el barco atrás y buceando por encima de unas algas se adentraron en una nueva caída que les llevaba hacia las profundidades. Los ojos de Hans se acostumbraron a aquella oscuridad que no era absoluta, permitía distinguir el entorno de una manera muy especial. Grupos de innumerables medusas, la sombra de un tiburón ballena, delfines, todo el universo que Hans había visto en los libros desfilaba ante él como saludándole. Sólo con aquello el viaje ya se justificaba, ya valía la pena sin necesidad de tener en cuenta la pequeña luz que brillaba en el fondo y que, sin duda, era la entrada a la cueva donde descansaba la diosa.

Tan pronto como llegaron los cuatro peces azules dieron unas vueltas en torno a Hans y se despidieron dejando como saludo una estela de burbujas. La gruta tenía una entrada en forma de túnel que conducía hacia la claridad. Tras unas cuantas brazadas Hans alcanzó con sorpresa la superficie, nadó unos metros e hizo pie. Estaba en el centro de una gran cueva, del techo colgaban estalactitas y las paredes estaban cubiertas por cortinas de terciopelo rojo. Al fondo de la caverna, sobre un pedestal vio a una mujer tumbada de lado en un extraño sofá de terciopelo rojo cuyas patas eran cuatro delfines dorados. La mujer tenía un largo pelo negro que le caía sobre

los hombros, su sonrisa era sincera y sus ojos profundos y bellos como el mar. Hans no acertó a decir nada, se quedó mirándola en silencio con la boca entreabierta.

- Hola Hans. Mi nombre es Cafira. Acércate, por favor.

Hans se encaminó hacia la diosa que le esperaba con los brazos extendidos. Sus pasos eran el único sonido que se escuchaba en el silencio de la cueva. Al llegar hasta el pedestal y subir, Cafira le cogió las manos diciéndole:

- Te he esperado muchos años. Sé de ti desde que aprendiste el lenguaje secreto junto al árbol seco.

Su voz era dulce y cada palabra entraba por los oídos de Hans acariciándole. La inquietud que había sentido al principio desapareció. La sonrisa de la diosa y aquellos ojos tan especiales hicieron que Hans olvidara todas sus preocupaciones.

- Ese lenguaje me lo enseñó mi tío.- dijo Hans-. Y ahora estoy buscándole. ¿Sabes dónde está?

- Los delfines me han traído las noticias de tu viaje- dijo Cafira y se levantó.

Era alta y esbelta. Tenía el pelo mucho más largo de lo que le había parecido y no hacía ningún ruido al andar, parecía deslizarse. Llevando a Hans de la mano le guió hacia un lado de la cueva entrando por un pasillo. Era un pasadizo no demasiado largo que iba a dar a otra sala mucho mayor. En ella las paredes estaban vestidas con cortinas de terciopelo azul oscuro salvo una en la que había un gigantesco cristal. Daba la impresión de ser una especie de pantalla de cine aunque en realidad se trataba de una ventana que mostraba las profundidades marinas. Al otro lado se veía a una ballena azul nadando hacia la superficie y a multitud de peces que la acompañaban.

- Tu tío está más cerca de lo que crees, Hans. Sé que nunca te ha abandonado aunque para llegar a él quizá tengas que sortear algún peligro.

